



Experiências Apostólico - Missionárias

A Revista REMHU dá continuidade à publicação de experiências apostólico-missionárias das Irmãs scalabrinianas, como vinha fazendo desde 1997, com a revista *Scalabriniane nel mondo*. Os três relatos apresentados neste volume ilustram aspectos da missionaridade scalabriniana, perspicaz e solícita para com a realidade concreta em que vivem as pessoas em mobilidade, junto às quais as Irmãs MSCS realizam sua missão. A diversificação no planejamento e nas respostas sociais, culturais e pastorais se devem à riqueza dos protagonistas, à abordagem positiva da complexidade do fenômeno migratório, às potencialidades que os fluxos migratórios encerram e à fecundidade da ação missionária em sintonia com o Carisma Scalabriniano e com toda a Igreja, junto a uma particular atenção à especificidade do projeto migratório e à etapa do mesmo em que os migrantes do contexto missionário se encontram.

REMHU Journal gives continuity to the publication of apostolic-missionaries experiences of Scalabrinian Sisters as it was started with Scalabriniane nel Mondo Journal in 1997. The three reports presented in this volume illustrate aspects of scalabrinian mission that zeals in an acute and careful manner the concrete reality lived by people on move next to whom Sisters MSCS make their work. The diversity of social, cultural and pastoral planning and answers are due to the variety of protagonists, to the positive approach to migratory phenomena complexity, to the potentialities enclosed by migratory fluxes and to the fecundity of missionary action tuned with Scalabrinian Charism and the whole Church alongside a particular attention to the specificities of migratory projects and the steps where migrants of missionary context are.

UNA “ESTACIÓN DE MILÁN” EN REPÚBLICA DOMINICANA

*Hna. Albertina M. Pauletti, mscs**

Este año se conmemora los quince años de la presencia de la Congregación de las Hermanas Misioneras de San Carlos Borromeo-Scalabrinianas en República Dominicana.

En el año 1989, llegaba la carta del Arzobispo de Santo Domingo, solicitando la presencia de las “Hermanas Misioneras de los Migrantes”, principalmente para acompañar a los inmigrantes haitianos. Fue aceptado el pedido, pero sin previsión de fecha para la ida de las Hermanas. El poco conocimiento de la realidad migratoria, en especial la de los haitianos en los Bateyes, fue motivo suficiente para no demorar en dar una respuesta positiva. En el mes de junio de 1990 se iniciaron las primeras tratativas de respuesta. La Superiora General solicitó a la Superiora Provincial de la Provincia Inmaculada Concepción, con sede en Brasil, para asumir el compromiso de la nueva misión.

Realizado los primeros contactos y visitas, la Superiora Provincial conformó el primer grupo de Hermanas que en septiembre de 1991 partieron con mucha disponibilidad, temor y amor.

Llegaron a San Pedro de Macorís, punto de partida de la misión. Las Hermanas, que fueron muy bien recibidas, iniciaron inmediatamente el proceso de inserción: escuchar, observar, aprender los idiomas (español y creyol), estudiar la cultura dominicana y haitiana y sobre todo reflexionar de manera profunda sobre las dolorosas realidades que les tocaba ver.

No tardó para que las Hermanas se sintieran inmigrantes entre los inmigrantes. La primera vivencia: el no tener un espacio físico propio para vivir y mucho menos para atender a las personas que las buscaban. Les caló profundo el corazón la aceptación de unos y el rechazo de otros,

* Hna. Albertina Maria Pauletti es Hermana Misionera Scalabriniana, brasilera, y ha vivido durante 24 años entre los inmigrantes en Argentina y en República Dominicana. Actualmente trabaja en el Brasil en la coordinación y animación del trabajo apostólico de la Provincia Inmaculada Concepción y ama profundamente el carisma de la congregación.

simultáneamente. El temor, el amor, la disponibilidad y las expectativas con que partieron, fueron los elementos que dieron soporte a los primeros desafíos, dado que no conocían las diferentes realidades de los inmigrantes y sus culturas.

La vivencia e iniciativas de las primeras Hermanas de la Congregación con los inmigrantes italianos en el Brasil, sirvió de base para aplicar a la realidad migratoria de los inmigrantes haitianos en el cultivo de la caña de azúcar. La historia se repetía: muchos niños nacidos allí no estaban inscriptos en el Registro Civil, otros tantos no estaban en la escuela, muchos enfermos sin asistencia médica y la gran mayoría sin orientación religiosa. Ciertamente no era por falta de escuelas, de hospitales y de iglesias. Aunque escasos y con limitaciones, había, pero los inmigrantes haitianos no eran considerados parte de la población, sino solamente fuerza brazal para el trabajo, eran llamados "los braceros".

El espíritu misionero scalabriniano

La gran pregunta de Mons. Juan Bautista Scalabrini, en la **Estación de Milán**, frente al gran número de emigrantes que esperaban el tren para embarcar, se repetía hoy en el corazón de las Misioneras de los Migrantes. ¿Qué podremos hacer? ¿Con qué y con quiénes contamos? ¡Hay tanto por hacer! No faltaba el desánimo, que también tuvo su lado positivo, pues las juntaba en oración y reflexión para la toma de decisiones.

El vivir la realidad y el gran deseo de ser verdaderas misioneras con los inmigrantes, fueron factores que ayudaron a percibir que, además de ayudar directamente a los inmigrantes, era necesario también trabajar con la comunidad dominicana ya que, de lo que más adolecían los haitianos era la falta de acogida "como personas". Lo único que se esperaba de ellos era que cumplan con el trabajo para el cual fueron contratados, a partir de allí no existía otro compromiso, los dejaban al "Dios dirá".

A partir de estas constataciones, fue necesario intervenir en cada uno de los sectores con acciones específicas que pudiesen favorecer la inclusión de los inmigrantes haitianos como seres humanos en la comunidad de residencia. Hasta ahora, su único compromiso era ganar el "moro" para su familia y el hecho de transformarse en obligación, lo reducía a una esclavitud, sin siquiera poder obtener lo mínimo que buscaban.

Fue iniciado con los inmigrantes un trabajo que los hiciera sentir personas con derechos y deberes, además de asistirlos, acompañarlos y encaminarlos para los diferentes recursos que pudiesen responder a sus necesidades. Las Misioneras tuvieron que dar testimonio de que los inmigrantes eran personas, tuvieron que defenderlos contra los malos tratos y la explotación. La historia del comportamiento de los dos países

hoy, se explica por la relación en el pasado entre los dos pueblos, que aún perdura a pesar del tiempo, pero no se justifica. Hacía falta rememorar los hechos históricos para evitar perpetuarlos y así dar posibilidades al reencuentro.

El estudio de los documentos de la Iglesia sobre el tema de las migraciones y otras realidades sobre la movilidad humana con los diferentes líderes, contribuyó a dar inicio a la organización de la Pastoral de la Movilidad Humana, primeramente en la Diócesis de San Pedro de Macorís y con el tiempo en la Conferencia del Episcopado Dominicano.

La enculturación de las Misioneras abren caminos

Mediante el tiempo, la experiencia, la organización y el compromiso de mucha gente en las diferentes instancias, fue posible tornar visible otra gran realidad. La emigración de los dominicanos requería una especial atención. Por lo menos la emigración de una persona en cada familia pobre, se hacía necesario para la supervivencia de los demás que quedaban. Este hecho era visto como una gran ventaja para quienes pudieron partir, sin tener presente los peligros de la travesía, los riesgos de la estadía y el trabajo de forma irregular. Las necesidades económicas enceguecen a los que quedan en detrimento de los que parten. Muchas de las familias perdieron a sus hijos en diferentes circunstancias, sin mismo entender el por qué, si emigraron a una tierra que les prometía “leche y miel”. Otros tantos regresaron como deportados luego de cumplir años de cárcel.

Fue necesario iniciar un proceso de reflexión en los grupos comunitarios, en las comunidades eclesiales y en las mismas familias para que esta realidad no siga siendo tratada como una simple salida económica, pero sí tener presente todos los aspectos. Ya es parte de la cultura que, en las fiestas patronales se destaque un día del novenario para recordar a los ausentes de la comunidad y a los que pudieron estar presentes en la fiesta y celebrar. Esta realidad dolorosa de los ausentes y sus familiares presentes es motivo permanente para una reflexión profunda en las celebraciones tradicionales. En una de las celebraciones una madre con dos hijos en el exterior así se expresó: “Por fin alguien se ha acordado de tener presente en la Celebración Eucarística nuestras preocupaciones por tener nuestros hijos ausentes.” Es muy conocida por todos los dominicanos la realidad que viven en el exterior, pero es tema silenciado justamente para no perder el valor de partir, si un día hace falta hacerlo.

¿Cuál es la diferencia hoy con la presencia de las Hermanas Misioneras de los Migrantes entre los inmigrantes haitianos en estos quince años? Los niños nacidos allí, aún hijos de padres haitianos, son reconocidos como dominicanos, los enfermos tienen mejor atención médica, los

trabajadores son tenidos en cuenta en su labor y quizás menos explotados. Muchos de ellos se tornaron protagonistas de sus vidas y defensores de sus compatriotas. Su cultura es más valorizada y más respetada, hay gente más comprometida por una mejor integración de las diferencias y un recordar de los hechos históricos que benefician a ambos países, los agentes de pastoral son capaces de construir y dirigir comunidades cristianas, compuestas de diferentes culturas. La emigración de dominicanos ya no es vista como natural, ya se tienen en cuenta sus implicaciones, tanto para los que parten como para los que quedan. Las personas recapacitaron sobre sus vidas en la migración y descubrieron la presencia de Dios en su peregrinar. Jóvenes haitianas y dominicanas aceptaron el llamado del Señor y se hicieron Hermanas de la Congregación. Varias instituciones han aportado con trabajos voluntarios y con recursos económicos para la misión. Frente a la gran necesidad de formación de agentes, de capacitación laboral, de asesoría jurídica, de acompañamiento en la salud de los inmigrantes haitianos y dominicanos, en estos últimos cinco años, ha sido proyectada la construcción del Centro de Acogida y Formación Cristo Peregrino, que está próximo a ser inaugurado. Estas y tantas otras diferencias hacen con que las Hermanas afiancen cada vez más su presencia y su misión en la República Dominicana.

Una Iglesia Peregrina

República Dominicana, la tierra de mil colores y de muchos amores es marcada por una fuerte inmigración de haitianos que la buscan para sobrevivir y si posible, en busca de una vida mejor. Es un país de paso para los que llegan y también para la gran mayoría que allí nace.

La pregunta que resuena de la "Estación de Milán" es: ¿Cómo debe ser la Iglesia en República Dominicana para ser Iglesia Peregrina con los dominicanos en constante movilidad y con los haitianos que hacen parte de ella? Es un largo camino a recorrer y una nueva Iglesia a construir. El estudio y la reflexión de los documentos de la Iglesia sobre el tema de las migraciones y la movilidad humana, grandemente han contribuido y están contribuyendo para que las diferentes pastorales contemplen esta realidad en sus acciones. La participación de agentes de pastoral migratoria en las diferentes esferas de reflexión, organización e actuación de las pastorales contribuye para que la Iglesia sea Peregrina contemplando al ser humano en su peregrinar.

Al **Hecho** de la "Estación de Milán" y la realidad de la República Dominicana separan siglos de distancia, pero son muy semejantes en la

realidad migratoria. El escenario sigue siendo la migración. Las escenas cambian de color, de espacio físico y de huso horario. Sin embargo, el clamor evangélico se desdobra en la historia: "Vine para que todos tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10,10). Las palmas reales y el mar azul guardan misterios que sólo pertenecen a Dios. Europeos y caribeños son hombres y mujeres que hicieron y hacen parte de la misión scalabriniana.